

# Moseñor Romero: el pueblo es mi profeta

Jesús Bujala

Miembro del Comité Óscar Romero de Aragón y del Instituto E. Mounier de Zaragoza

Veinte años después de su muerte podemos asegurar que se ha cumplido el anuncio profético de Monseñor Romero: «si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño». Como creyentes, estamos convencidos de que el día de su martirio fue también el de su Pascua definitiva. Pero existe otra resurrección de Monseñor que se ha ido haciendo efectiva a lo largo de estas dos décadas: ni su figura ha quedado en el olvido, ni su palabra ha envejecido con el paso del tiempo.

Romero sigue vivo en la memoria de su pueblo, en su palabra que sigue siendo fuente de inspiración y esperanza para muchos cristianos que luchan por la liberación, en tantos grupos, comunidades y colectivos que tratan de reinventar su identidad cristiana a través de la solidaridad, en otros profetas del pueblo que han recogido su testigo evangélico y continúan siendo la voz de los sin voz en un mundo en el que los poderosos tienen demasiada voz.

De manera especial, lo sentimos vivo cada día en la vida y el trabajo de los Comités Óscar Romero, comités cristianos de solidaridad que llevamos humildemente su nombre porque nos sentimos identificados con su forma de en-

tender un Evangelio al servicio del pueblo, y queremos continuar y extender en este mundo globalizado su trabajo de acompañamiento de los procesos populares y su denuncia de las violaciones de los derechos humanos y de los pueblos. Romero, pastor y mártir nuestro, nos acompaña en el deseo de hacer de la Iglesia la Iglesia de los Pobres.

¿Qué tiene de especial Monseñor Romero para haber generado un caudal de solidaridad que no sólo lleva su nombre, sino también trata de ser fiel a su espíritu y su memoria? Desde luego, Romero no ha sido ni el primero ni el último de los mártires que han dado su vida por la causa de los pobres; sí es cierto que fue el primer obispo muerto en el altar por defender, no la religión, sino al pueblo pobre y oprimido. Haciendo verdadera su particular lectura de la frase de San Ireneo «la gloria de Dios es que el hombre viva», que Romero traducía por «que el pobre viva», murió dando testimonio de que el verdadero culto cristiano no es la liturgia sino la vida que se entrega a los demás por amor hasta la muerte.

Es verdad, también, que otros obispos son para nosotros referencia de un evangelio liberador por

sus posicionamientos, sus denuncias, sus gestos y su palabra profética, desde el inspirador de los propios comités, Sergio Méndez Arceo, hasta el recientemente fallecido Hélder Cámara; es verdad incluso, que algunos de ellos han muerto siguiendo la estela de Romero, como Juan Gerardi o Alejandro Labaca. Sin embargo Romero tiene una significación especial.

La clave de porqué Romero lleva veinte años sosteniendo los esfuerzos solidarios de tantos cristianos y cristianas y otras gentes de buena voluntad que luchan con esperanza por la paz y la justicia, podemos encontrarla en tres motivos fundamentales.

El primero, ajeno en cierto sentido a Monseñor, es de carácter histórico: Romero fue asesinado en un momento en el que diversas circunstancias generaron una explosión de solidaridad como nunca antes se había dado. Eran los tiempos de la revolución nicaragüense, la degeneración de un proceso que llevó a la guerra abierta en el Salvador, los acontecimientos de la embajada de España en Guatemala, los estertores de las dictaduras en Chile y Argentina. Romero se convirtió en un símbolo de la participación y el

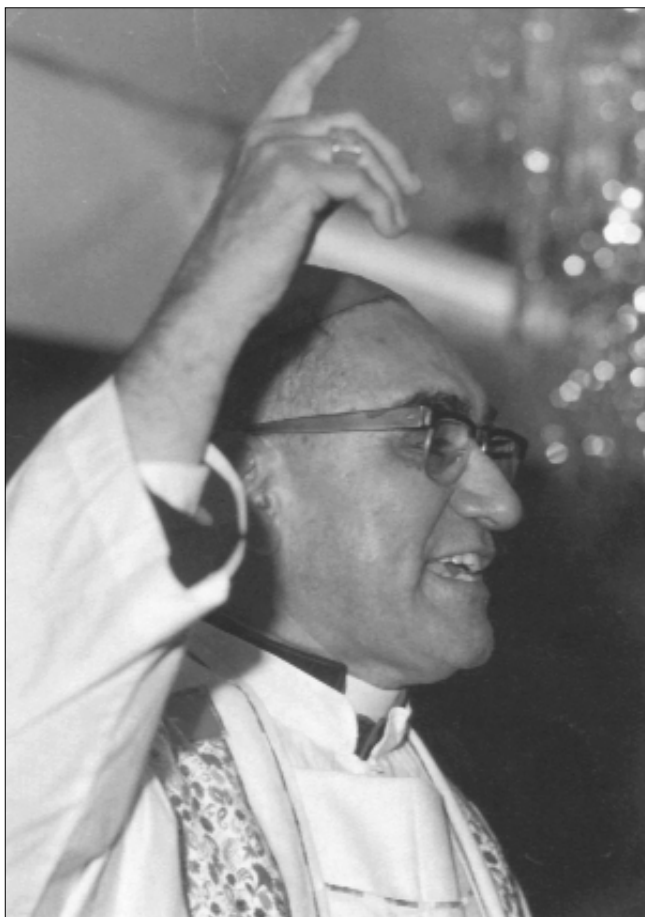
compromiso de los cristianos en esos procesos populares y en las causas solidarias que surgieron a partir de los mismos.

Los otros dos pertenecen a la personalidad misma de Óscar Romero. Monseñor vivió un proceso de conversión duro y exigente, una conversión que condujo a un hombre bueno y de corazón misericordioso, a un cristiano cabal, a un hombre de oración, a enfrentarse con las causas de la pobreza y la injusticia, con el horror y la muerte provocadas por los poderosos, hasta profesar públicamente un voto de fidelidad al pueblo: «Quiero asegurarles a ustedes, y les pido oraciones para ser fiel a esta promesa, que no abandonaré a mi pueblo, sino que correré con él todos los riesgos que mi ministerio me exige».

La otra característica de su figura que la hace tan atractiva está en el origen de la anterior: Romero fue un profeta, pero fue un profeta muy especial; no habló, por supuesto, su propia palabra, como un falso profeta, ni siquiera dijo simplemente la palabra de Dios, sino que para hablar, antes escuchó la voz de Dios en el pueblo: «Yo tengo que escuchar qué dice el espíritu por medio del pueblo. El pueblo es mi profeta» Aquí está una de las mayores grandezas de Monseñor: supo escuchar la voz de los pobres y en ella reconoció la voz de Dios. A partir de entonces se convirtió en un auténtico micrófono de Dios y del pueblo.

Es decir, Romero lleva veinte años alimentando la solidaridad porque nos representa a cada uno

de nosotros, al pueblo pobre y sufrido y a las gentes solidarias que abrazan su causa. Su experiencia, más profunda, más acrisolada, más plena y definitiva, es la misma experiencia que Dios ha puesto en



el camino de cada uno de nosotros y que nos exige una continua conversión; Óscar Romero contribuyó a que un pueblo sin voz, un pueblo indiferente a veces, y siempre explotado, se convirtiera en un pueblo profético. Y es este pueblo el que hizo de un obispo tímido y conservador un verdadero profeta y el que nos ayuda a cada uno de nosotros a descubrir nuestra verdadera vocación cristiana.

Durante este año también se celebra el 23 aniversario de la muerte del Padre Rutilio el Grande, popularmente llamado por el pueblo salvadoreño el padre Tilo.

En la vida de Óscar Romero este otro mártir, el padre Tilo, tuvo una importancia máxima en su conversión.

En ese tiempo se presentó Juan Bautista en el desierto de Judea y proclamaba este mensaje: cambien su vida y su corazón porque el reino de los cielos se ha acercado a ustedes (Mt. 3,2); y en otro lugar este es el cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

Desde ese momento Jesús cambió su vida anónima, su vida oculta como se le ha llamado, por la vida pública y abiertamente dedicada a la presentación del Evangelio con la opción preferencial por los pobres, hasta culminar tres años después en la cruz sacrificado por los mismos pobres de Yahvé. Algo así ocurrió con monseñor Romero, señalado, definitivamente impactado, por el precursor Rutilio el grande tendido en la plancha mortuoria allá en la iglesia de Aguilares, traspasado por 14

balas... y desde ese momento, Monseñor Romero salió de su anonimato, de su vida un tanto oculta para abrirse a predicar el mismo evangelio de los pobres, hasta caer sacrificado por una bala en el altar del sacrificio, allá en el hospitalito de cancerosos de la colina Miramontes de San Salvador, pero ambos resucitaron y viven para siempre.

Tres años desde que Juan señaló a Jesús como el cordero destinado al sacrificio... tres años que Rutilio, igual, con su martirio, señaló a Monseñor Romero su misión. Tres años de compromiso y de valor en medio de tantas perse-



cuciones al equipo misionero de Aguilares; tres años que Monseñor Óscar Romero, igual, con tanta fe y entrega en medio de reproches y ataques con amenazas, vivió preparando su martirio.

Y así, como Pedro Casaldáliga dijera, Monseñor Romero, nadie podrá olvidar tu última homilía:

«Yo quisiera hacer un llamamiento de manera especial a los hombres del ejército y en concreto a las bases de la Guardia Nacional, de la policía, de los cuarteles: hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos y ante una orden de matar que dé un hombre debe prevalecer la ley de Dios que dice 'No Matar'. Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios. Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla. Ya es tiempo de que recuperen su conciencia y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado. La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre. En nombre de Dios, pues, y en nombre de es-

te sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡Cese la represión! (23, marzo, 1980)».

Como homenaje a estos 20 años de resurrección de Monseñor Óscar Romero, ¡qué mejor que el poema que le dedicó Pedro Casaldáliga!

El ángel del Señor anunció en la [vispera....  
 El corazón de El Salvador marcaba  
 24 de marzo y de agonía  
 Tú ofrecías el pan  
 El cuerpo vivo  
 El triturado cuerpo de tu pueblo;  
 Su derramada Sangre victoriosa  
 La sangre campesina de tu pueblo  
 [en masacre  
 ¡Que ha de teñir en vinos de  
 [alegría la aurora conjurada!  
 El ángel del señor anunció en la [vispera,  
 Y el verbo se hizo muerte, otra [vez en tu muerte;  
 Como se hace muerte, cada día,  
 en la carne desnuda de tu pueblo.  
 Y se hizo vida nueva  
 ¡En nuestra vieja Iglesia!  
 Estamos otra vez en pie de testi- [monio,  
 ¡San Romero de América, pastor

[y Mártir nuestro!  
 Romero de la paz casi imposible  
 [en esta tierra en guerra.  
 Romero en flor morada de la  
 [esperanza incólume de todo el  
 [continente.  
 Romero de la pascua latino-  
 [americana.  
 Pobre pastor glorioso  
 Asesinado a sueldo, a dólar, a  
 [divisa.  
 Como Jesús, por orden del  
 [Imperio.  
 ¡Pobre pastor glorioso, abando-  
 [nado por tus propios hermanos  
 [de Báculo y de mesa...!  
 (Las curias no podían entenderte:  
 ninguna sinagoga bien montada  
 [puede entender a Cristo).  
 Tu pobrería sí te acompañaba, en  
 [desespero fiel,  
 Pastor y rebaño, a un tiempo, de  
 [tu misión profética.  
 El pueblo se hizo santo.  
 La hora de tu pueblo te consagró  
 [en el Kairós.  
 Los pobres te enseñaron a leer el  
 [Evangelio.  
 Como un hermano herido por  
 [tanta muerte hermana,  
 Tú sabías llorar, solo, en el Huerto.  
 Sabías tener miedo, como un  
 [hombre en combate,  
 ¡Pero sabías dar a tu palabra,  
 [libre, su timbre de campana!  
 Y supiste beber el doble cáliz del  
 [altar y del pueblo con una sola  
 [mano consagrada al servicio.  
 América Latina ya te ha puesto en  
 [su gloria de Bernini  
 En la espuma aureola de sus  
 [mares,  
 En el retablo antiguo de los  
 [Andes alertos,  
 En el dosel airado de todas sus  
 [florestas,  
 En la canción de todos sus  
 [caminos, de todas sus trinche-  
 [ras, de todos sus altares....  
 ¡En el ara segura del corazón  
 [insomne de sus hijos!  
 San Romero de América, pastor y  
 [Mártir nuestro:  
 ¡Nadie hará callar tu última  
 [homilía!